

ct

16000 pesetas

de
Manuel Veiga

(fragmento)

(Atardecer de San Juan. El espacio escénico es un típico piso (30 m2) del barrio obrero de la Barceloneta en la ciudad de Barcelona. A la derecha del escenario está la puerta principal, que comunica con la escalera del edificio. Una cocina-comedor con baldosas de cerámica hidráulica de colores en el suelo. Mobiliario viejo y barato: una mesa camilla con sillas, una cama plegable que cumple funciones de estantería, una pequeña despensa con cajones, una mecedora... Otros elementos son una estufa de butano apagada y un teléfono negro de pared. A la izquierda, en un rincón, un tabique esconde un minúsculo lavabo donde apenas cabe la pila de las manos y la taza del inodoro. A la izquierda, en segundo plano, otra puerta que comunica con el único dormitorio. En la pared frontal, hay un balcón abierto. En la pared vemos colgado el retrato color sepia de un hombre. Una lámpara de pared ilumina el piso. SOLEDAD, frente al balcón, duerme en la mecedora. Es una anciana pulcra: viste una sencilla bata de algodón estampada en blanco y negro. Alpargatas negras en los pies. MAN, en la escalera, abre la puerta. Frente a la puerta del piso vemos una bombona de butano vacía. MAN es un hombre de ojos y cabellos oscuros, que viste con elegancia informal ropa de lino blanco y sandalias de color crudo. Por unos segundos, contempla a la anciana. Procurando no hacer ruido, extrae un pequeño sobre marrón de su americana. Se dispone a dejar el sobre en la falda de la anciana. De pronto, cambia de opinión y guarda de nuevo el sobre en la americana. MAN besa a la anciana en la frente y, sigilosamente, se esconde en el balcón. En el exterior, trueno de petardos.)

SOLEDAD

(asustada, como despertando de una pesadilla): Aaaggg... aaggg... Aaggg... ¿Dónde estás?

(Man sale del balcón.)

MAN

Hola.

SOLEDAD

Has vuelto, has vuelto... Te estaba esperando. Te esperaba desde hace...

MAN

¿Qué pasa?

SOLEDAD

Una eternidad.

MAN

Tampoco exageres.

SOLEDAD

No sabían decirme dónde estabas.

MAN
El trabajo...

SOLEDAD
¿Cómo has entrado?

MAN
Tengo llaves.

SOLEDAD
Claro. (Lloriquea.) Nos queríamos mucho.

MAN
Eh, pero, ¿qué te ocurre?

(MAN se acerca a SOLEDAD.)

SOLEDAD
Me querías muchísimo.

MAN
Y todavía te quiero.

SOLEDAD
Mentiroso, mentiroso. Recuerdo cómo te brillaban los ojos. Ahora ya no, ahora ya no me quieres.

MAN
No he podido venir antes, pero... sí te quiero.

SOLEDAD
Entonces, ¿por qué no me das un beso?

(MAN le da un beso)

SOLEDAD
Mmmm, qué olor más bueno, como la última vez, el mismo olor...

MAN
(riendo.): La misma colonia...

SOLEDAD
¿Colonia? Tú nunca te has echado colonia.

MAN
¿Cómo?

SOLEDAD

Me engañas. Es tu olor de mar y de fábrica. Cuando te conocí, todavía olías a tren. Después oliste a mar y a fábrica. A colonia nunca.

MAN

Pero...

SOLEDAD

Se aprovechan de los que venís del sur buscando trabajo...

MAN

No.

SOLEDAD

¡Sí, os explotan! Y encima estáis agradecidos, aquí, en una tierra que no es la vuestra...

MAN

Abuela...

SOLEDAD

Abuela, sí. He envejecido, ¿verdad, Manuel?

MAN

Soy Man, abuela, tu nieto... Soy tu nieto.

SOLEDAD

(percatándose.): ¿Mi nieto?...

MAN

Sí.

SOLEDAD

Claro... ¿Cómo no me he dado cuenta antes? Eres Man... Perdona, perdona, pero es que te miro y... Te le parece tanto, que no sé decir si soñaba contigo o con él...

MAN

Con el abuelo, seguro.

SOLEDAD

Me he quedado dormida... Y por un momento creí que ... Por un momento me pareció tener frente a mí sus treinta años, los treinta años de tu abuelo...

MAN

Pues gracias, porque ya he cumplido cuarenta.

SOLEDAD

No te he oído entrar. ¿Por qué no me avisaste? Pensaba que ya no vendrías...

MAN

Pues ya ves, aquí estoy.

SOLEDAD

Este año ya estaba resignada a comerme el pastel yo sola...

MAN

¿No me digas que has preparado un pastel?

SOLEDAD

Tu pastel. Está en el horno.

MAN

¿De chocolate?

SOLEDAD

Lo he hecho con Cola-caó.

MAN

Qué rico.

SOLEDAD

Y tú, ¿me has traído algún regalo?

MAN

Sí, un regalo muy especial. Por eso he llegado tarde. Pero antes de dártelo, tengo que explicarte algo...

SOLEDAD

Sí, tenemos que explicarnos muchas cosas, pero después. Después de la cena.

MAN

El regalo...

SOLEDAD

El regalo, cuando vayan a dar las doce. Es la hora que nació.

MAN

Ya, pero es que...

SOLEDAD

Siempre lo hemos hecho así.

MAN

Pero es que este año el regalo es...

SOLEDAD

Man, cuando te he visto... (Poniéndose la mano sobre el pecho.) ¡Ay!

MAN

Entonces, ¿te doy el regalo más tarde?

SOLEDAD

Mejor, tantas emociones juntas...

MAN

Mejor, quizá sí... Bueno, ¿y cómo te encuentras?

SOLEDAD

Psee... El cardiólogo me ha dicho que mi corazón todavía hace boom-boom. ¿Hasta cuándo? Eso ya es mucho pedir. (Pausa. Mirándole.) ¿Cuántos años dices que has cumplido?

MAN

Cuarenta.

SOLEDAD

¿Cuarenta años, ya? Joder, cómo pasa el tiempo... (Mira al exterior a través del balcón.) Está anocheciendo. Voy a preparar la cena, tendrás hambre...

(SOLEDAD se incorpora y se dirige a la cocina.)

MAN

No.

SOLEDAD

Pero yo sí. Me corre un ratón por el estómago... Siéntate, que pongo la mesa.

(MAN se quita la americana y la cuelga)

MAN

Es pronto.

SOLEDAD

Tú siéntate.

MAN

Venga, te ayudo.

SOLEDAD

Ni hablar. Te daré vida regalada: comer, beber y no hacer nada.

MAN

Que no, que te ayudo. ¿Dónde está el mantel?

SOLEDAD

Allí.

MAN

¿Dónde?

SOLEDAD

Allí.

MAN

¿Dónde es allí?

SOLEDAD

Allí, dentro.

MAN

¿Dónde?

SOLEDAD

Aquí, abajo.

MAN

Allí, dentro, aquí, abajo... (Ríe.)

SOLEDAD

Pues está bien claro: en el último cajón. Como si fuera tan grande el piso... (Le da el mantel y las servilletas.) Toma. No es por criticar, pero de pequeño eras más espabilado. Eras más listo que el hambre y hoy...

MAN

Hoy no tengo hambre.

(MAN pone el mantel y las servilletas en la mesa.)

SOLEDAD

Ojalá todo el mundo pudiera decir lo mismo, ojalá todos pudieran hacer como nosotros y poner manteles de hilo. (Cómplice) La ocasión lo merece. (Abre la nevera y extrae un huevo y un lenguado.) Lenguado.

MAN

¿Rebozado?

SOLEDAD

Como a ti te gusta. No te quejarás... porque hoy en día una no puede ni acercarse al mercado. Con la entrada del euro, el pescado ya no corre por el mar..., corre por las nubes.

MAN

Ah, ¿y la culpa es del euro?

SOLEDAD

Lo que yo te diga. Traduzco a pesetas los precios para no equivocarme. No tengo tarjeta de crédito, así que...

MAN

¿Y los platos?

SOLEDAD

(que extrae platos de la despensa y los pone en la mesa): Yo aun me guío por el monedero y con la misma cantidad de antes puedo comprar mucho menos. ¿Cuándo habías visto tú que un lenguado costara...?

(Silencio. SOLEDAD le mira.)

MAN

¿Qué?

SOLEDAD

Te parece tanto a él... Era igual que tú. Bueno, él un poco más hombre...

MAN

¿Qué quieres decir con eso?

(MAN pone los cubiertos en la mesa mientras ella enharina el lenguado.)

SOLEDAD

Entiéndeme, más fuerte, más... Tú estás muy delgado. Pero la cara, idéntica. Y la voz, y los ojos... Ojos negros y profundos como un agujero. En cambio, Fina... Ahora tiene los ojos claros.

MAN

Se puso lentillas de color. Ya sabes cómo es, ya la conoces.

SOLEDAD

No, no la conozco. La miro y no sé ni cuantos años hace que la traje al mundo. Ha cambiado tanto... Tengo la misma sensación cuando paseo por el barrio: ya no me oriento. ¿Sabes con qué nombre ha bautizado a este piso?

MAN

(saca una botella de vino blanco de la nevera.): La casa del Terror, ¿verdad?

SOLEDAD

Sí, La casa del Terror.

MAN

A ella nunca le gustó. Dice que es tétrico, triste, pequeño y sin luz.

SOLEDAD

Mentiras, todo mentiras.

MAN

A mí me gusta el piso.

(En el exterior oímos una voz de hombre con acento pakistaní y el sonido metálico que produce al golpear una bombona de butano.)

VOZ OFF PAKISTANÍ

¡Butaaaaano! ¿Quiere butaaaaano? ¡Butaaaaano!

MAN

¿Necesitas butano?

SOLEDAD

Una bombona, por si acaso.

VOZ OFF PAKISTANÍ

¡Butaaaaano! ¡Butaaaaano! ¿Quiere butaaaaano?

(MAN sale al balcón y hace un gesto con la mano hacia el exterior.)

SOLEDAD

(acabando de bañar en harina el lenguado.): El piso es pequeño, sí, pero triste y sin luz... Esta Fina siempre está soñando marisco. Pero si el piso tiene un balcón que vale media vida. Por la mañana entra tanta luz que tengo que cerrar los ojos para no quedarme ciega. Fina, en cambio, sólo ve la luz triste del recuerdo. Y no tiene razón. No, no la tiene.

(MAN sale del piso. En la escalera, coge la bombona de butano y desaparece. SOLEDAD bate el huevo en un plato. A través del balcón, la luz de atardecer desaparece. La luz del recuerdo ilumina con tenuidad sepia el piso. Un trueno terrorífico. Relámpagos. A través de la puerta abierta del dormitorio, entra la luz sepia de una triste bombilla. Dentro, FINA mira hacia el suelo. Es una mujer madura, elegante y atractiva. Cabello corto y teñido de platino. Viste traje sastre clásico en tono tierra, medias de seda con costura y zapatos marrones de tacón. Durante la escena, SOLEDAD continuará cocinando.)

SOLEDAD

No tienes razón, Fina, no la tienes....

FINA

(desde el dormitorio.): La casa del Terror, esto parece La casa del Terror... Mire el suelo del dormitorio: las baldosas están llenas de grietas.

SOLEDAD

He dicho que no y es que no.

(FINA sale del dormitorio.)

FINA

¿Pero, por qué? Allí usted estaría...

SOLEDAD

¿Qué significa allí? Allí tiene un nombre: asilo.

FINA

Allí, en la residencia, estaría bien atendida.

SOLEDAD

Sí, como una “expósita” decrépita.

FINA

No tendría ni que poner el pie en la cocina. Le servirían el plato a la mesa. En cambio, aquí, cocinando para usted sola...

SOLEDAD

No cenaré sola. ¿No ves que hay dos cubiertos?

(Truenos y relámpagos en el exterior.)

FINA

No veo nada. Encienda la luz, ostia.

SOLEDAD

¿Qué quieres? ¿Que nos electrocutemos?

FINA

Manías.

SOLEDAD

No tardará en llover.

FINA

La encenderé yo.

(FINA enciende la luz de la lámpara del comedor. Ahora el color sepia del recuerdo ilumina toda la escena. Después apaga la luz del dormitorio.)

FINA

Madre... Usted misma me pidió que buscara información.

SOLEDAD

Sólo información, tú lo has dicho.

FINA

Encontré un montón de residencias en Internet. Y créame, ésta es la mejor. La tratarían como a una reina.

SOLEDAD

Nunca he sido monárquica.

FINA

Madre, escúcheme, por el amor de Dios...

SOLEDAD

Católica, pssss, hoy no estoy muy católica, no.

FINA

(se acerca.): No me asuste. ¿Qué es lo que tiene?

SOLEDAD

Nervios. Me pones nerviosa

FINA

A mí sí que me pone usted. Si yo viviera en Barcelona, todo sería distinto, pero... ¿Y si le ocurre algo?

SOLEDAD

Se me va a caer la válvula del corazón si no te callas.

FINA

Pues ya me dirá qué hacemos.

SOLEDAD

Tú, callar.

FINA

De acuerdo, muda. (Sentándose en una silla, frente a la mesa. Pausa.) ¿Qué quiere? Hable. ¿Qué es lo que quiere, venir a vivir conmigo a Madrid?

SOLEDAD

Creí que no me lo ibas a pedir nunca. (Pausa.) Huy, qué cara has puesto... Imagina que te digo que sí. Menuda putada, ¿eh?

FINA

Escúcheme, madre, allí...

SOLEDAD

¿Dónde? ¿En Madrid o en el asilo?

FINA

Vamos por partes.

SOLEDAD

(sarcástica.): Lo mismo dijo Jack el Destripador. Miedo me das.

(SOLEDAD baña el lenguado enharinado en el plato del huevo. Otro trueno con relámpago. La luz baila.)

SOLEDAD

(que mira parpadear la luz de la lámpara.): No, si ya te digo yo que... Electrocutadas...

(SOLEDAD enciende el fogón. FINA extrae de su bolso unas hojas de papel)

FINA

En la residencia estaría acompañada a todas horas.

SOLEDAD

¿A todas horas? No, gracias. (Tira aceite a la paella y pone a calentarla al fuego.) Ya sabes que no soy muy sociable.

FINA

(mirando las hojas.): A todas horas es un decir. Mire, las hojas de información lo explican muy claro. Y por lo que se ve en las fotografías, los dormitorios son preciosos. No les falta detalle. (Acercándose con las hojas.) Fíjese bien. Incluso puede tener un dormitorio para usted sola. Eso conlleva un coste adicional, pero no importa. ¿Qué le parece?

SOLEDAD

Ten cuidado. Te va a salpicar el aceite.

FINA

Si lo prefiere también puede compartir la habitación con una amiga.

SOLEDAD

Dolores no querrá venir. Todavía es joven.

FINA

Olvídese de Dolores y escúcheme: ¿habitación individual o compartida?...

(Silencio)

FINA

Conteste.

SOLEDAD

A lo que no me importa, lengua corta. (Intenta abrir la nevera.) Sal de en medio.

FINA

Pero...

SOLEDAD

No quiero irme a ningún lado.

(FINA se aparta de la nevera y, de nuevo, se sienta a la mesa. SOLEDAD extrae de la nevera una ensalada griega de tomate y queso.)

FINA

(coge un vaso de la mesa y lo llena de vino.): Me desespera. No entiendo por qué a última hora cambia de opinión.

SOLEDAD

Añoranza.

FINA

¿De qué?

SOLEDAD

De este olor a mar...

FINA

Peste a petróleo y a pescado. (Bebe.) La humedad no es buena para su artrosis.

SOLEDAD

Ni el vino para tu riñón. (Al ver que FINA ha utilizado un vaso, pone otro limpio sobre la mesa.) Este vaso es para Dolores. No quiero irme. Ni al asilo ni a Madrid. Me quedaría paralizada sin respirar este olor. Me ahogaría sin el mar. Me moriría lejos de este barrio y de este piso.

FINA

30 m2.

SOLEDAD

Aquí he vivido apretada, pero contenta.

FINA

El piso necesitaría una mano de pintura.

SOLEDAD

La pintura no borra el pasado. Hay manchas que nunca desaparecen. Son sombras.

FINA

¿Ya ha ido a visitarse al oculista?

SOLEDAD

Veo más allá de las paredes.

FINA

Usted no está bien.

SOLEDAD

Por cualquier rincón veo la sombra de tu padre. ¿Te has fijado en la mancha del retrato?

FINA

No, no está bien.

SOLEDAD

¿Crees que me estoy volviendo loca, verdad?

FINA

(que se incorpora y se acerca al retrato.) ¿Pretende hacerme creer que esta mancha de humedad es...?

SOLEDAD

(cortándole.): Un signo, un aviso de que tu padre volverá pronto. Es aquí donde debo esperar noticias tuyas. Si me voy al asilo, tararí... ¿Entiendes ahora por qué no quiero irme? ¿Lo entiendes?

FINA

No.

SOLEDAD

Nunca me has entendido, hija. A veces creo que aquella comadrona nos cortó el cordón umbilical antes de tiempo.

FINA

Pero, ¿se puede saber quién le ha llenado la cabeza de sombras y de historias? ¡Dolores!

SOLEDAD

La bruja de La casa del terror, como tú la llamas.

(El aceite empieza a saltar en la paella. SOLEDAD fríe el lenguado.)

FINA

¿Pero usted todavía cree a Dolores? A mí esa nunca me engañó con sus misterios y sus cartas mágicas.

SOLEDAD

Sabe de qué habla. Se crió entre los gitanos del barrio del Somorrostro.

FINA

El Somorrostro, no hace falta decir más.

SOLEDAD

Veo que ahora tus valores morales están clasificados por listas. Allí un gitano, es de otra raza y de color moreno: miedo.

FINA

Madre...

SOLEDAD

Aquí, un hombre blanco y con los ojos azules: amigo.

FINA

Era un decir.

SOLEDAD

Este no tiene dinero: un fracasado, aquél otro sí lo tiene: un triunfador.

FINA

A usted nunca le gustaron los triunfadores.

SOLEDAD

Porque soy una fracasada, hija. He fracasado contigo. Te escucho hablar y no te conozco. Juraría que también te han estirado las arrugas del cerebro los cirujanos plásticos.

FINA

Yo sólo estaba diciendo que... No, si aun terminaremos discutiendo por culpa de Dolores. Necesito una aspirina...

SOLEDAD

Allí.

FINA

¿Dónde?

SOLEDAD

Arriba.

FINA

¿Arriba, dónde?

SOLEDAD

En el primer cajón.

(FINA abre el primer cajón de la despensa y extrae aspirinas.)

SOLEDAD

Nunca soportaste a Dolores. Y deberías estarle agradecida.

(Silencio tenso. FINA se toma la aspirina.)

FINA

(por decir algo.): Oh, este dolor de cabeza ...

(Otro pequeño silencio.)

SOLEDAD

La he encontrado durmiendo en un cajero automático. Nadie quiere hacerse cargo de ella. Ya no le queda familia.

FINA

Oooooohhh, la migraña...

(Otro pequeño silencio.)

SOLEDAD

Está pasándolo mal. Todos hemos tenido épocas difíciles.

FINA

(que explota, súbitamente.): ¡Todos trabajamos! ¡Pues qué cojones, que trabaje ella también!

SOLEDAD

Quizá no le dimos la oportunidad...

(SOLEDAD da la vuelta al lenguado en la paella.)

FINA

Acabará arrancándole los ojos, acabará sin nada por culpa de esta hija de la gran puta.

SOLEDAD

Hija de una gran puta, sí señora. “La cuatro coños” llamaban a su madre. ¿Y sabes por qué? Porque de su coño salía un jornal para que pudieran comer cuatro mujeres. Entre ellas, tú y yo. Sí, “La cuatro coños” endulzó nuestra miseria. Cuando éramos tan pobres que lo único que tenía para vender era mi sangre, gracias a ella salimos adelante. Gracias a ella empecé con el contrabando de tabaco. Gracias a ella que se abría de piernas para los obreros de las fábricas textiles, yo conseguía retales de ropa que después cosía y vendía por las calles. Y finalmente, gracias a ella llegué a ser la modista de las vedettes del Paralelo. Todo eso, gracias a ella. ¿Y sabes por qué? Por solidaridad. Esa es la palabra: so-li-da-ri-dad. Si miras el retrato, quizá la puedas leer en los ojos de tu padre...

FINA

Usted necesita ayuda. Ayuda médica.

SOLEDAD

Siento darte un disgusto, hija, pero el oculista dice que veo perfectamente.

FINA

Pero, ¿no se da cuenta que...? Dolores le ha robado. ¡Le ha robado!

SOLEDAD

(ajustando las puertas del balcón): Chisst, baja la voz, que no vivimos en medio del campo.

FINA

Pero si el barrio entero lo sabe. Dolores le ha robado. ¡Miles de pesetas! Me lo ha dicho la vecina de abajo.

SOLEDAD

Esa sólo habla para envenenar oídos.

FINA

A ver... ¿Dónde están las sábanas de hilo que le regalé? ¿Y la cubertería de plata? ¿Y el televisor?... Le ha robado. No entiendo cómo puede vivir con Dolores. ¡Y en este piso!

SOLEDAD

¿Quieres que me lo venda? ¿Tú también necesitas dinero?

FINA

¿Cómo se atreve a pensar que...? (Ofendida.) No tomo en cuenta lo que ha dicho porque usted no está bien. Y sepa que, por descontado, las facturas de la residencia correrían a mi cuenta. En fin... Sea como sea, alguna cosa habrá que hacer para sacarla de aquí.

SOLEDAD

¿A mí o a Dolores?

FINA

¡No puedo soportar que se aproveche de usted!

SOLEDAD

(mirando al exterior a través del balcón.) Mira... Has tenido suerte. Está a punto de llover y no hará falta llamar a un taxi. Hoy tienes uno en la parada. Vete. No quiero que por mi culpa pierdas el avión. Adiós, Fina.

FINA

Adiós, madre.

(FINA deja el vaso sobre el fregadero de la cocina y da un beso a su madre. Truenos y relámpagos. SOLEDAD no la besa.)

SOLEDAD

Apaga la luz cuando salgas.

(FINA apaga la luz. SOLEDAD se dirige a la cocina y quita la paella del fuego. El piso queda iluminado por la luz del exterior y por la llama del fuego de la cocina.)

FINA coge su bolso y se dispone a salir del piso.)

SOLEDAD

Oye...

FINA

¿Sí?

SOLEDAD

Tu hijo... ¿lo sabe?

FINA

¿El qué?

SOLEDAD

Que quieres echarme de aquí.

FINA

No.

SOLEDAD

Ya me extrañaba. Y de su abuelo..., ¿todavía no sabe nada?

FINA

Nada.

SOLEDAD

Le encontrará, estoy segura. Sólo Man es capaz de averiguar dónde está. Tu hijo le encontrará.

FINA

Le está siguiendo la pista.

SOLEDAD

¿Cuándo vuelve Man de su viaje de bodas?

FINA

La próxima semana.

SOLEDAD

Dale un beso muy fuerte.

FINA

De su parte.

SOLEDAD

Y a ti, ¿puedo pedirte un favor?

FINA
¿Qué?

SOLEDAD
Déjame en paz.

(Un trueno terrorífico. Relámpagos. FINA sale por la puerta principal. La luz sepia del recuerdo desaparece. En el exterior, el cielo se tiñe de atardecer al tiempo que la luz de la lámpara ilumina de nuevo el piso. La amenaza de la tormenta desaparece. SOLEDAD apaga el fuego de la cocina. Ha terminado de preparar la cena. En la escalera, MAN entra con una bombona de butano llena. Abre la puerta del piso.)